

Importancia de la Educación en Valores para niños que provienen de entornos desfavorecidos

Autor: Pérez Moya, Catalina (Maestro. Especialidad en Educación Infantil, Maestra de Educación Infantil).

Público: Educación, Educación Primaria, Educación Infantil y Educación en Valores. **Materia:** Educación en valores. **Idioma:** Español.

Título: Importancia de la Educación en Valores para niños que provienen de entornos desfavorecidos.

Resumen

Actualmente se está produciendo un incremento de la problemática social y económica, el incremento de la violencia, la drogadicción, el deterioro del medio ambiente y del hábitat, el incremento de la marginalidad y la pobreza están afectando a las familias. Estamos ante una metamorfosis social que se gesta desde hace más de treinta años y que afecta de forma profunda a las familias, tanto en su estructura como en los roles. Debemos caminar hacia una sociedad más justa e igualitaria para hombres y mujeres, más tolerante, más responsable, más sensible con el medio ambiente y con las injusticias humanas.

Palabras clave: exclusión social, vulnerabilidad, familia, educación en valores, responsabilidad, tolerancia, respeto, injusticia social.

Title: Importance of Education in Values for Children from Disadvantaged Environments.

Abstract

At present there is taking place an increase of the social and economic problems, the increase of the violence, the drug addiction, deterioration of the environment and of the habitat, the increase of the marginality and the poverty they are affecting families. We are before a social metamorphosis that grows for more than thirty years and that affects of deep form the families, both in its structure and in the rolls. We must walk towards a more just and egalitarian society for men and women, more tolerant, more responsible, more sensitive with the environment and with the human injustices.

Keywords: social exclusion, vulnerability, family, education in values, responsibility, tolerance, respect, social injustice.

Recibido 2016-11-08; Aceptado 2016-11-10; Publicado 2016-12-25; Código PD: 078027

Nuestra sociedad hoy en día reclama una educación diferente que tenga en cuenta todas las dimensiones de las personas. Necesitamos de otros aprendizajes como la tolerancia, la participación social, la solidaridad, la justicia, la libertad... que son indispensables para tener una vida digna, esto si cabe, aun es más importante cuando hablamos de familias vulnerables a la exclusión social. En toda educación siempre están presentes una serie de valores ya sean expresados de modo explícito o bien implícito, si esto no ocurriese no hablaríamos de educación sino más bien de instrucción.

En la actualidad cuando problemas como la corrupción, la violencia, o el consumo de drogas nos azotan es importantísimo volver la vista atrás y educar a la población desde la moralidad y la ética para afrontar nuestra existencia de un modo responsable. Para Ortega y Gasset (1973), los valores son creencias muy radicales que se confunden con la realidad misma. "Son nuestro mundo y nuestro ser". Y las creencias según Ortega y Gasset (1973, p. 18):

Constituyen el estrato básico, el más profundo de la arquitectura de nuestra vida. Vivimos de ellas y, por lo mismo, no solemos pensar en ellas: Pensamos en lo que nos es más o menos cuestión. Por eso decimos que tenemos estas o las otras ideas; pero nuestras creencias, más que tenerlas, las somos.

Los valores morales son esenciales en nuestra vida y no los debemos considerar como un "extra" ni tampoco utilizarlos como instrumentos para obtener otros fines. Por otra parte, Zubiri (1992), sostiene que los valores no son independientes de la realidad histórica, esto es que sucede en un tiempo y espacio concretos por lo que también son experiencia.

Para Ortega y Mínguez (2001, p. 22), "el valor es estable y permanente, objetivo y universal, pero también es dinámico y cambiante, relativo y subjetivo." Y siempre condicionado por un espacio y tiempo concretos. Siguiendo a los mismos autores, debemos destacar:

- Que los valores tienen que ver con la realidad, con la cultura y desde ellos pensamos, actuamos y vivimos.
- Se dan en todas las personas, ya que toda persona tiene unos determinados valores, los cuales son inevitables.

Pero, ¿por qué debemos educar en valores a la sociedad y en especial a las personas en riesgo de exclusión?, ¿qué lo hace necesario? Ortega y Mínguez (2001), señalan que:

- Se hace necesario si pretendemos educar a nuestra sociedad en lugar de instruirla, si queremos seres críticos, responsables, libres, justos, etc. Ya que no existe el hombre desnudo de cultura ni de valores.
- Se hace necesario si queremos que se produzca un cambio en las actitudes y modos de pensar actuales, necesitamos un cambio en nuestros estilos de vida, en nuestra mentalidad además de un cambio en los aprendizajes educativos más enfocados a la formación integral de la persona.
- Necesitamos urgentemente potenciar el desarrollo de todas las dimensiones de las personas, transferir hechos de la investigación a la práctica, dar respuesta a fenómenos como la delincuencia, la violencia, intolerancia, la exclusión social...

Por ello, es necesario que se haga un replanteamiento educativo de la familia de hoy como institución encargada de transmitir normas y modos de comportamiento a la luz de los acontecimientos actuales. Si hay un deseo latente de que la familia siga siendo un lugar de permanencia, de 'arquitectura' para la edificación de las nuevas generaciones, también se intenta que la convivencia familiar sea un espacio agradable en el que estar, en el que entrar y del que salir, en el que los individuos encuentren la acogida necesaria como reconocimiento de su persona para afrontar las dificultades del presente y del futuro (Mínguez, 2014).

En definitiva, deberíamos superar la idea de que el hombre es un "ser pensante" y verlo también como alguien que es además de inteligencia, afecto y emoción, educar desde la responsabilidad y comprensión donde no tiene cabida la exclusión y si la acogida, la compasión y la hospitalidad.

No hay vida humana sin la realización de valores, porque en ella se manifiestan puntos de vista que hacen posible que la vida sea vivida como si fuera un ejercicio de responsabilidad, de solidaridad y de otros valores que la habilitan de modo humano. Por ello, transmitir valores es algo así como promocionar la misma vida. De ahí que la transmisión de valores sea una tarea de esclarecer y aportar perspectivas para vivir de modo humano (Mínguez, 2014).

No son pocas las familias que se preguntan ¿Qué valores deben enseñar hoy? Lamentablemente, no hay respuesta unánime. Vivimos en una sociedad tan plural como diversa, en la que existen también plurales concepciones del mundo y del hombre, lo que hace superfluo cualquier propuesta homogénea y uniforme de valores. Los datos obtenidos en recientes investigaciones sobre los valores que los padres prefieren a la hora de educar a sus hijos reflejan resultados similares tanto en el ámbito nacional (Meil, 2006; Elzo, 2010), como en el internacional (WVS, 2005). Se constata una tendencia a transmitir valores relacionados con la convivencia (responsabilidad, respeto-tolerancia y buenos modales), con la identidad personal (autoestima, obediencia, fuerza de voluntad y vida saludable) y con una formación apropiada para una integración en la vida socio-laboral. En contrapartida, se concede poco valor a la fe religiosa y al espíritu de sacrificio como valores.

Con todo, los padres conceden bastante importancia a la familia como espacio vital común, a la calidad de las relaciones interpersonales (confianza, diálogo y autorrealización) y a valores de convivencia familiar (responsabilidad y solidaridad). Así pues, es posible plantear una educación de los hijos en valores porque con ella la familia va creciendo, fortaleciendo la identidad personal de cada uno de sus miembros y el sentido de pertenencia a una comunidad (Mínguez, 2014). En definitiva, educar en valores en la familia es un proceso de personalización y de creación de comunidad. Se trata, por tanto, de promover aquellos valores que permitan a cada uno descubrirse a sí mismo y verse abierto al encuentro con otros.

¿CÓMO DEBEMOS TRANSMITIR LOS VALORES? ¿CÓMO DEBEMOS ENSEÑARLOS A NUESTRA SOCIEDAD?

Hasta hace poco la enseñanza de los valores solo se estudiaban en el campo de la sociología y la psicología, no se tenía en cuenta desde el área de la educación. Siguiendo a Ortega y Mínguez (2001, p. 29) "La educación en valores presenta características específicas que la distinguen claramente de otro tipo de aprendizajes". Para educar en valores a nuestra sociedad hemos de hacerlo desde todos los ámbitos y no solo desde la escuela como antaño se pensaba. Ha de ser una tarea que empieza ya desde la propia familia, y se complementa en la sociedad y en la escuela. Se necesita de un clima de afecto, aceptación y comprensión.

Desde la familia se ha de ofrecer a los hijos ambientes en los que puedan tener habitualmente experiencias del valor; y hacer de esto una tarea cotidiana de la vida familiar y que sea referente principal. Cada familia escoge los valores que considera prioritarios según la percepción que tenga del mundo y de la sociedad los cuales son de diversa índole. Los cambios sociales, políticos, económicos e ideológicos acontecidos en los últimos tiempos han hecho que el estilo educativo de la familia cambie. Vivimos en un país democrático en el que se está produciendo una nueva forma de entender la vida y la persona.

La familia ahora tiene nuevos roles y funciones que poco tienen que ver con la tradicional de antaño. Debemos por tanto, vencer la resistencia al cambio y a un pasado que ya no sirve como modelo ya que estamos en una realidad distinta. Los padres tienen que ejercer nuevas competencias que favorezcan el aprendizaje de los valores en la familia.

Siguiendo a Ortega y Mínguez (2003), la familia cumple varias funciones para la enseñanza y el aprendizaje de los valores:

La función de acogida. La sociedad actual ha creado personas competitivas y eficaces que han hecho que las tradiciones pasadas se debiliten y se ha configurado otro estilo de vida que ofrecía valores de los que todos eran partícipes. Ahora bien, al desaparecer las creencias antiguas es difícil encontrar una nueva base de orientación que sea el punto de encuentro en la construcción de la sociedad. El individuo y la sociedad han quedado huérfanos de modelos de socialización. Actualmente se está produciendo una pérdida de capacidad por parte de las instituciones tradicionales para la transmisión de valores y las pautas de comportamientos deseables. Esta crisis afecta a estructuras de acogida como la familia, la comunidad y la sociedad e incide en todas las relaciones que los habitantes de nuestro espacio cultural mantienen con la naturaleza y entre sí, según Duch (1997). Ortega y Mínguez (2003, p. 45) afirman que:

Resulta bastante evidente que nos encontramos metidos de lleno en «tierra de nadie»: los antiguos criterios han perdido su originaria capacidad orientativa, y los nuevos aún no se han acreditado con fuerza suficiente para proporcionar a los individuos y grupos sociales orientación y colocación en el entramado social

Con todo este panorama, podemos decir que la familia aun hoy cumple la función de acogida y facilita nuestra inserción en la sociedad. Nuestras actitudes, valores, conducta, aspiraciones, la percepción de nosotros mismos y de los demás, dependen de nuestras familias. Siguiendo a Pérez Díaz y Otros (2000), necesitamos de un clima de afecto e interés por todo lo que nos rodea, necesitamos, del apoyo, la confianza y la comunicación, del cariño y respeto mutuos, de nuestras familias.

Ortega y Mínguez (2003, p. 46) indican que “La acogida del otro, también la del hijo, no es reproducirse en el hijo, sino hacer lo posible para que el otro sea él mismo, reconocerlo en su alteridad irrenunciable”. Los niños han de sentirse protegidos por sus padres, y éstos han de ofrecer ternura, confianza, apoyo y han de ser sus guías en el camino por la vida, para que se sientan seguros e invulnerables.

Educar consiste en acoger, facilitar un espacio y un clima de afecto, cuidado y seguridad que permita vivir la aventura de la construcción de la propia vida.

Desde la familia aprenderán y aceptarán valores como la tolerancia y el respeto del otro a través de su propia experiencia de acogida. Siguiendo a los mismos autores la acogida significa el reconocimiento del otro y de su dignidad. Ello conlleva salir de uno mismo para verse y reconocerse en el otro. Significa tener propia identidad y negarse igual a los otros, cada uno es un ser único e irreplicable, también significa responsabilidad, compromiso, hacerse cargo del otro. Si en la familia no existen valores tolerantes y acogedores con los demás no se puede esperar que los niños los aprendan ya que van ligados a la propia experiencia. La familia es lugar donde surgen formas muy variadas de transmisión de valores y en el que padre e hijos continuamente se enfrentan a problemas y buscan soluciones para ellos.

Pero, entonces ¿qué debemos enseñar en la familia? Cada familia enseñará en función de sus valores y experiencias lo que si hemos de señalar es que es de vital importancia crear un ambiente de responsabilidad y diálogo en el que la familia se apoye.

LA FUNCIÓN MORAL

Un error frecuente en nuestra sociedad es pensar que las relaciones padres-hijos, se han de regir por la disciplina y el orden, o el cumplimiento rígido de las normas, lo cual se suele traducir en una menor responsabilidad de los hijos y una minoría de edad que les más inseguros. Autores como Ortega y Mínguez (2003), hablan de “otra moral”, que nos hace responsables de los otros y de lo que conlleva ser miembro de una sociedad. Camps y Giner (1998, p. 138) citados en Ortega y Mínguez (2003, p. 50), nos explican que:

Pese a la importancia que tiene en la formación ética y social de la persona aprender a responder de lo que uno hace o deja de hacer, la llamada a la responsabilidad ha estado ausente del discurso ético y político de los últimos tiempos. La ética hace tiempo que está más centrada en los derechos que en los deberes

Nos hallamos en una sociedad donde existen una gran variedad de formas de pensar y vivir, por ello debemos aprender a convivir con personas de distintos estilos de vida, creencias e ideologías y esto significa que nadie ni nada nos ha de ser indiferente y hemos de actuar bajo la responsabilidad, sin excluir a nadie. Duch y Mèlich (2004), apuntaban que los seres humanos desde que nacemos estamos expuestos a relacionarnos con los otros. Lo que también entraña el cuidado, la atención y la solidaridad hacia los más vulnerables, desarrollando actitudes de empatía hacia las personas que atraviesan dificultades como si se tratase de nosotros mismos. Según Hoffman (2002, p. 249) esto facilita que:

- Nos pongamos en el lugar del otro, lo reconozcamos y lo comprendamos.
- Tengamos conciencia y asumamos las obligaciones que tenemos al vivir en comunidad.
- Desarrollemos la capacidad de escucha hacia los otros, los acojamos y atendamos bajo la condición de responsabilidad.
- Analicemos críticamente la realidad y atendamos a la dignidad de las personas.

Siguiendo a Ortega y Mínguez (2003, p. 51), “ser responsable es poder responder del otro, cuidar y atender al otro. Y esto también se puede hacer en familia”.

LA FUNCIÓN DE DIÁLOGO

Los seres humanos nos comunicamos de muchas formas a través de la palabra, los gestos, la escritura, las emociones somos y comunicamos todo el tiempo y expresamos de un modo u otro aquello que pensamos y sentimos. Ahora bien, el diálogo no significa expresar sentimientos o cosas, sino que es encontrarse con el otro, es acogida, escucha y confianza (Ortega y Mínguez, 2003). Estos autores reflejan que el diálogo supone por parte de los interlocutores la aceptación del otro y el reconocimiento sin sumisión ninguna, es donación y entrega gratuita a los demás.

Actualmente, nuestra sociedad se encuentra incomunicada, no sabemos ni hemos encontrado aún la forma adecuada que nos permita transmitir a nuestros jóvenes las claves para interpretar nuestra historia personal y colectiva. Duch (1997), señala que necesitamos palabras y expresiones que no solo se queden en buenas intenciones para que el diálogo real tenga lugar.

Vivimos en un mundo acelerado en el tiempo y esto impacta negativamente en nuestra experiencia ética, en la adopción de valores, en nuestra conciencia moral y en nuestras respuestas ante la vida.

Ante esta situación, la familia podría ser la última esperanza, se convertiría en la única institución capaz de proporcionarnos seguridad y confianza, y nos ayudaría a reinterpretar el pasado y comprender el presente.

Actualmente es difícil encontrar espacios, momentos y temas de los que dialogar en familia. Siguiendo a Ortega y Mínguez (2003), el diálogo debe servir de acompañamiento, guía, cuidado y protección de los hijos, siempre manteniendo actitud de escucha y solidaridad, es un momento de encuentro en el que a veces solo se necesita la presencia, compañía y cercanía del otro, además también significa disponibilidad y comprensión.

A modo de resumen, hemos de resaltar que los valores se enseñan y se aprenden desde la experiencia de la propia persona, que poco tienen que ver con la transmisión de ideas, conceptos o saberes a los que estábamos acostumbrados.

Valores como la justicia y la tolerancia no se enseñan porque se transmita el concepto, sino que además los seres humanos hemos de sentir y percibir ese valor en personas que ya lo tienen. Ejemplo de ello sería querer educar en la tolerancia cuando mostramos rechazo a otras culturas, entonces el valor carece de sentido y no se transmitiría. Aunque en la sociedad siempre habrá conductas de intolerancia que nos hará pensar y nos dará opción a elegir con qué valor nos identificamos más. Es por esto que, no podemos imponerlos sino que debemos exponerlos, proponerlos y mostrar las consecuencias que conlleva una educación de carácter instructivo en la que los excluidos no tendrían cabida.

Nuestro entorno está plagado de valores, hemos de descubrirlos en nosotros mismos y tomar conciencia de ellos para ser mejores ciudadanos, más tolerantes, compasivos, responsables y para lograr una sociedad inclusiva en la que todos seamos iguales.

Bibliografía

- Camps, V. y Giner, S. (1998). Manual de civismo. En Ortega, P y Mínguez, R. (2003). *Familia y transmisión de valores. Teoría de la Educación*, 15, 33-56. Universidad de Murcia: Universidad de Salamanca.
- Duch, Ll. (1997). *La educación y la crisis de la modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Duch, Ll. y Mèlich, J. C. (2004). *Ambigüitats de l'amor*. Barcelona: Publicacions de l'Abadía de Montserrat.
- Elzo, J. (2010). Una tipología de los españoles 2008, atendiendo a sus sistemas de valores. En J. Elzo y M. Silvestre (Dirs.), *Un individualismo placentero y protegido: cuarta encuesta europea de valores en su aplicación a España (251-298)*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Meil, G. (2006). *Padres e hijos en la España actual*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Mínguez, R. (2012). La responsabilidad educativa en tiempos de crisis. *Edetania: Estudios y propuestas socio-educativas*. Nº 42, 107-125.
- Mínguez, R. (2014). Ética de la vida familiar y transmisión de valores morales. *Revista de Educación*. 363, 210-219.
- Mínguez, R. (2014). La pedagogía de la alteridad: cuestiones y propuestas educativas (79-103). En Ortega, P. y otros. *Educación en la Alteridad*. Murcia: Editum y Redipe.
- Ortega y Gasset, J. (1973). *Obras Completas*. Vol. IV. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega, P y Mínguez, R. (2001). *Los valores en la Educación*. Barcelona: Ariel.
- Ortega, P y Mínguez, R. (2003). Familia y transmisión de valores. *Teoría de la Educación*, 15, 33-56. Universidad de Murcia: Universidad de Salamanca.
- Pérez Díaz, V y Otros. (2000) *La familia española en el año 2000*. Madrid: Argentería-Visor.
- WVS (2005). WorldValuesSurvey, 2002-2004. Recuperado de <http://www.jdsurvey.com/>
- Zubiri, X. (1992). *Sobre el Sentimiento y la Volición*. Madrid: Alianza.